

Facedor

A la memoria de don Miguel Muñoz
Presidente de la Comisión Organizadora
del IV Congreso Regional de Estudios
Extremeños.

Era el mejor facedor
de las cosas extremeñas.

Miguel como el triunfador
tenía por santo y seña,
este mejor facedor
de las cosas extremeñas.

Fácil, cordial hablador;
de figura rubia y lueña
era el mejor facedor
de las cosas extremeñas.

De ellas fue grande amador
como quien sabe y quien sueña;

Era el mejor facedor
de las cosas extremeñas.

Buscaba siempre el primor
de lo que la Historia enseña.

Era el mejor facedor
de las cosas extremeñas.

Por los trigales en flor
y las piedras berroqueñas;

era el mejor facedor,
era.....

y este es el dolor.

Gregoria COLLADO

RECUERDOS

NATURALIDAD

DURANTE muchos años vi a Rafael Rivelles en los escenarios de los teatros, sin tener relación alguna con él. Le admiraba sinceramente, por ser un actor de primer orden que había innovado la manera de actuar. Frente al énfasis y el engolamiento tradicionales. Rivelles puso la absoluta naturalidad, siendo el número uno de la época del naturalismo escénico. Su porte distinguido, su voz, sus gestos y sus matices, le destacaron en todos los géneros teatrales, muy especialmente en la llamada alta comedia.

Sería interminable la lista de las obras que le vi representar. Recuerdo, por hacer mención de algunas, sus geniales interpretaciones en *¿Quién soy yo?* y *Don José, Pepe y Pepito*, de Juan Ignacio Luca de Tena; en *La Muralla*, de Joaquín Calvo Sotelo, y en *Murió hace quince años*, de José Antonio Martínez Arnao.

En la década de los cincuenta conocí en Extremadura al gran actor; pero el trato quedó interrumpido, hasta que en 1965 empezamos a coincidir en la tertulia nocturna del madrileño Café Gijón, en la que figuraban también como asiduos el comediógrafo Leandro Navarro y el matrimonio Pérez Calín, Director el marido de la Escuela Superior de Artes Gráficas. Inicióse entonces una amistad continuada, que ha durado hasta su muerte,

No era Rivelles hombre asequible a la intimidad rápida y fácil. Correcto, pero no efusivo, fueron precisas muchas horas de charla, para llegar al trato verdaderamente amistoso que nos ha unido en sus últimos años, en los que supe por él cosas de su vida.

Había nacido en Valencia, en 1894. Con sus padres, José Rivelles y Amparo Guillén, también actores, inició las actividades teatrales, teniendo luego por maestro a Francisco Morano.

En una de nuestras charlas, como yo le dijese que siempre había admirado su naturalidad en la escena, me comentó:

—Yo no podía concebir el teatro como una cosa falsa, artificial, sino como la prolongación de la vida misma. Me resultaba inadmisiblemente decir y moverme en la escena en forma distinta de como lo hacemos a diario. Para que la farsa deje de serlo y se convierta en vida auténtica, el único recurso es la naturalidad, el darle al personaje un fondo humano y sencillo, con todos los matices necesarios, pero sin altisonancias, ni afectaciones. El camino no fue fácil, porque el público, acostumbrado al engolamiento de la época anterior, tomaba la naturalidad por desgana, por indiferencia.

Rafael Rivelles llegó a ser un actor extraordinario. Sus triunfos en el Teatro Eslava, en su natal Valencia, tuvieron réplica magnífica en toda España y en América. Hizo cine hasta en Hollywood, con el mismo noble y genial estilo de su teatro. En 1922 contrajo matrimonio con la actriz María Fernanda Ladrón de Guevara. Con ella y con Catalina Bárcena rodó películas tan buenas como *La mujer X* y *El proceso de Mary Dugan*. Fueron resonantes las campañas de Rivelles en los teatros madrileños, especialmente en el Lara, dirigido por Conrado Blanco.

Cuando empezó nuestra amistad, el gran actor estaba, prácticamente, retirado. Tan sólo intervino ya en una campaña por provincias, con Celia Gámez, y en una comedia en Televisión. Su salud no era buena; su economía, sí, porque tuvo siempre espíritu ahorrativo y un gran sentido práctico.

Vivía solo, pues de su mujer se separó a los once años de matrimonio. La hija única del enlace, Amparo Rivelles, gran actriz, estaba en Méjico, actuando con éxito al frente de su compañía. En varias ocasiones la recordó el padre en nuestras charlas, en comentarios como éste:

—Me ha escrito Amparo. Sigue con grandes triunfos y ganando un dineral. Yo me alegro por ella; pero lo siento por mí, ya que va a tardar mucho en volver por España.

Tenía familia en Valencia, con la que iba a reunirse algunas veces y a pasar las fiestas navideñas, que comentaba humorísticamente así:

—Estas fiestas son fatales. Si las pasas con la familia, te aburres, como es lógico; pero si estás separado de ella, te entristeces, y también te aburres. No tienen arreglo.

Los años y su salud decadente no habían apagado en él su espíritu donjuanesco. En ocasiones aparecía por la tertulia alguna muchachita que cultivaba su trato. Con la misma naturalidad que en la escena, no había disimulo en sus inclinaciones, charlando

animado con las jóvenes guapas y sin mirar siquiera a las maduras no agraciadas. Una vez pude comprobar esto, en un gracioso incidente.

Al llegar una noche a la tertulia, encontré solos a Rivelles y a una gorda solterona, nada atractiva y con pretensiones aún. Me senté, dejando en el centro del diván a la aludida amiga. Poco des-



Don Miguel Muñoz de San Pedro en su madurez

pués llegaba una jovencita que tomó asiento junto al actor, quien enseguida se puso hablar con ella animadísimo. La solterona, indignada, me hizo este comentario:

—No he visto hombre más grosero que este. Hemos estado juntos los dos solos más de media hora, sin dignarse dirigirme la palabra. En cambio, ya ve usted la charla que tiene con la jovencita sospechosa.

Hice un esfuerzo por no reirme y decirle unas frases de asentimiento. Realmente, era demasiada naturalidad, porque bien pudo haberle hecho en algún caso a la infeliz solterona, disimulando su repulsa, y frenar un poco el posterior entusiasmo por la joven.

Así era y así le ví siempre, a lo largo de los seis años que duró nuestra amistad.

En noviembre de 1971, Rivelles fue hospitalizado en una clínica, a causa de una grave afección cardíaca, de la que moría poco después, el viernes, 3 de diciembre, a los setenta y siete años de edad.

Instalada la capilla ardiente en el teatro Español, de allí salió el día 4 el entierro, en el que figuraban representaciones oficiales, comediógrafos, actores y amigos. El cadáver fue llevado a Valencia, recibiendo sepultura en el cementerio de El Cabañal.

Con Rafael Rivelles desaparecía uno de los más grandes actores de todos los tiempos y el gran maestro del naturalismo escénico. Para mí será siempre el prototipo de la naturalidad...

Miguel MUÑOZ DE SAN PEDRO (†)



El trabajo que antecede fue el último que para nuestra revista entregó el Conde de Canilleros, y forma parte de la galería de «Recuerdos» que iba dedicando a personajes de la «pequeña historia» que él llegó a conocer y a quienes retrataba con sueltas y certeras pinceladas anecdóticas. En este caso fue el insigne actor español Rafael Rivelles que por poco tiempo, como se vé, procedió a su glosador en el camino de la Eternidad.

Insertamos esta obra póstuma cerrando el homenaje, forzosamente limitado, que la revista ALCANTARA rinde en este número a quien fue uno de sus más esclarecidos y asiduos colaborador.

GLORIOSA PRESENCIA

(Motivo: El poeta se acuesta, ve colgada su ropa, se imagina el porvenir y escribe este poema.)

I

Un día colgarán mi americana,
ya para siempre
morada del vacío de la ausencia,
funda fofa de un fuelle sin aliento,
y nunca más cobijo
del palpitante nido de mi sangre;

definitivamente doblarán
— alforjas infecundas —
mis pantalones flácidos,
vanos, sin movimiento en las distancias;

los zapatos inmóviles,
para el amor de sigilosa cita
o la marcha triunfal de la victoria
o la huida del fracaso.
sostendrán quietos, sucios, sólo un mustio recuerdo
de niebla desvanecida;

el alado sombrero de graciosa
cortesía ciudadana
— vacua montera de los pensamientos —